



EL BOA ATACANDO AL TIGRE.

El dibujante de este grupo ha sido sin duda inspirado por este pasaje de Delille que dice hablando del *Boa*.

«Perezoso en invierno, y ardiente en la primavera, favorito de Esculapio, emblema del tiempo, antiguo tirano de los bosques de la América, detestado en Europa y adorado en África, amigo del indio hospitalario, y su demonio familiar; ¡qué de variedades no ofrece en su dilatada familia! Miradle correr, nadar, brincar, cavacolear, volar á las alturas ó serpentear por el suelo; oculto entre las matas espera al ganado indefenso, y desplegando á su vista los anillos de que está formado su cuerpo, se alarga infinitamente, abraza, ahoga y devora á su presa; el cabriúlo, la oveja, á veces un buey entero devorados instantáneamente en vano intentan huir á su terrible acometida; formidable igualmente á los pájaros que pueblan las selvas, á los reptiles que viven en las aguas, al tigre mismo cuya furiosa cólera cede delante de tan formidable enemigo...»

El Boa es efectivamente el mas colosal de los animales de su especie (ophidios). Entre ellos se encuentra aquella serpiente monstruosa que se extiende á veces hasta treinta y cuarenta pies de longitud, y que es capaz de devorar hombres, gacelas y búfalos enteros.

TOMÓ III.—9.º Trimestre.

Este enorme reptil, aunque desprovisto de veneno, no es menos terrible por su agilidad y fuerza, supliendo con la destreza lo que le falta en otros medios de ataque y defensa. Suspendido en los árboles, sumergido en el agua, oculto entre la yerba, el Boa sabe esperar emboscado á su víctima, y cuando crece el momento oportuno se lanza sobre ella, la rodea y la estrecha en mil tortuosos lazos hasta que el desgraciado ser así acometido, semejante al *Laocoon* de Virgilio parece indefenso, y sus miembros destrozados sirven de pasto á la fiera.

Durante esta horrible operacion la garganta del animal se dilata extraordinariamente para dar paso á un cuerpo mas grueso que ella misma, y embarazado entonces por su misma voracidad no puede arrastrarse, ni huir, por lo que hace mas fácil en aquella ocasion su sorpresa. Luego que ha acabado de comer, fatigado por el peso de su alimento y de una penible digestion, se retira al interior de las selvas, donde permanece inmóvil hasta que la accion química de los jugos digestivos le libertan de tan formidable alimento.

El nombre de *Boa* con que designó Plinio á este reptil, indica, segun él, la costumbre que tiene de seguir los rebaños para colgarse á las tetas de las vacas y ali-

mentarse con su leche; aunque, á decir la verdad, Plinio debió aplicar esta observacion á las culebras del antiguo mundo, y no á las conocidas hoy por boas, las cuales pertenecen exclusivamente al nuevo mundo descubierta.

Entre estas diversas especies la mas notable es la llamada *Boa Constrictor*, ó el rey de las serpientes; su extension, su fuerza y belleza la hacen tan notable entre los salvajes, que ha merecido entre ellos un culto particular bajo los nombres de *Kalshathera*, *Boignacu*, *Gibaya* y *Yanca-ocanga*.

Su longitud es por lo regular de cuarenta á cincuenta pies, y arrastrándose sobre las yerbas la aplana y destruye como pudiera hacerlo la hoz del segador. No ataca al hombre y aun parece temerle; enroscado en espiral á la orilla de los arroyos, espera en esta actitud á su presa formando un disco de siete pies de diámetro, y con la cabeza colocada en el centro, la levanta de vez en cuando como para observar si algún animal se acerca.

Queda ya dicho que luego que siente esta proximidad se dispara como un resaca, y se enrosca al cuello de la presa para ahogarla; si esta ofrece gran resistencia, el *Boa* sabe arrastrarla cerca de un árbol, y sosteniéndose en este enrosca á su víctima en los mismos pliegues, y puede con este auxilio destrozar mas á su placer.

Tal es el grupo que ofrecemos á nuestros lectores en el grabado que va al frente de este artículo.

ATENEO DE MADRID.

(Discurso pronunciado por el señor catedrático Don Ramon de la Sagra, en la noche del 7 de Marzo.)

SEÑORES:

Noble y filosófica es la idea de aplicar la misma educacion de la infancia tierna y balbuciente á la regeneracion moral de la sociedad europea; idea admirable en su concepcion, mas admirable aun en sus resultados: hija del estudio, de la meditacion, de la beneficencia y de la caridad reunidas, y suficiente por si sola para obtener á la era presente el título de filantrópica, que honrosamente la caracteriza.

En las conferencias anteriores hemos examinado cuadros bien tristes y desconsoladores de la sociedad moderna, cuya fealdad era tanto mas lamentable, cuanto parecia inherente á la naturaleza misma de nuestra organizacion social. Vimos, en efecto, que clases numerosas y robustas yacian en la miseria mas cruel; que otras se arrastraban desde la cuna al sepulcro por un sendero pestilente y corrompido, y que ambas, por resultado de su ignorancia, de su pobreza, de su ambicion temible en la viciada atmósfera que respiraban, pagaban un contingente fatal al crimen, como consecuencia inevitable de los elementos de su existencia.

En el examen rápido que hicimos de las clases desgraciadas, distinguimos algunas que escitaron nuestras mas tiernas simpatias y los sentimientos mas caros de la vida, porque se referian á la poderosa pasion que nos hace amar y compadecer la mujer y sus productos. Al verlos tambien desgraciados, convinimos en que el remedio debía aplicarse en los momentos criticos de la vida, en que nada es perdido para lo futuro, á esta primera existencia de los seres que encontrábamos despues en los hospicios, en las carceles, y hasta en los cadalsos. Sus-

trayéndolos así desde el principio á la influencia contagiosa del vicio, aseguráramos el éxito de nuestros filantrópicos evantos. La niñez, señores, de las clases laboriosas, debe ser considerada en si misma y en sus relaciones con la familia del proletario. En si misma ofrece los caracteres de la delidad, y de consiguiente se halla expuesta á todas las causas de corrupcion físicas y morales; pues el niño del pobre comienza la vida haciendo el triste aprendizaje de la miseria y del dolor. Mal asistido, descuidado y hasta mal tratado, es un milagro si salva su constitucion; pero este milagro es aun mas irrealizable con respecto á su ensenanza y educacion.

Bajo el punto de vista de la familia, los niños son un estorbo para tareas domésticas, un lazo para la vida laboriosa á que se halla condenada la mujer del jornalero, y un objeto de continua zozobra para el marido cuyo escaso salario no puede alcanzar para el alimento de una prole numerosa. Cuando este padre, al terminarse un dia de fatiga, encuentra bajo el techo doméstico, no el descanso, no la paz, no los halagos; sino las reconveniones, las quejas, las lgrimas, y el doloroso lamento de bocas inocentes que piden el pan de la miseria; cuando estos gritos de desaliento y de hambre penetran los oidos del infeliz, que sacrificando todas sus fuerzas no puede ganar el sustento de la familia, las ideas mas tristes y desesperadas se aglomeran en su imaginacion, nuestros deseos vagan en ella y la oscurecen con una sombra de fatalidad, y al mismo tiempo que la voz interior de la conciencia se extingue, la enegria física revive, el crimen se concibe, y en ejecucion se abraza como un término espantoso, pero real.

Tal es el cuadro lamentable que han tenido á la vista los filantrópicos fundadores de las *Salas de Asilo*, ó escuelas de párvulos, al concebir la urgencia de aliviar la suerte de las familias pobres, encargándose del cuidado de sus niños durante el dia. Explicamos como este servicio los liberta, por una parte, de todos los males del abandono, en las calles y plazas; aislándolos del contagio del vicio; purificando la atmósfera viciada del hogar paterno, donde la miseria engendra la inmoralidad y la inocencia el crimen; y que con respecto á la madre, la dejaba consagrarse á las tareas domésticas ó á los trabajos industriales con que ayuda á ganar el sustento de la familia, permitiéndole disponer del tiempo y de su fuerza, único caudal del pobre. Pero consideremos primero al niño en este tránsito de la vida triste y miserable en que yacia, á la existencia alegre y venturosa de la Sala de Asilo. Allí encuentra los cuidados maternos, el cariño, la dulzura, la diversion, las risas y los juegos; allí, asociado con sus tiernos compañeros, bajo la inspeccion de una mujer amable, goza de libertad, respira un aire sano, que dilata su corazon para recibir dulces y saludables impresiones, enteramente analogas al raudor de la existencia infantil. La admirable organizacion de las Salas de Asilo consiste en inspirar al niño en medio de los juegos y de las distracciones propias de la edad, todos los sentimientos tiernos y afectuosos; en dirigir su educacion de un modo indirecto, para conseguir sin esfuerzo alguno resultados prodigiosos, á saber: la atencion, la obediencia, la docilidad y la sinceridad; en robustecer su constitucion física á la par de su organizacion moral; en dar una buena direccion á las ideas y á los sentimientos; en promover todas las pasiones tiernas y afectuosas; en cerrar la entrada á las crueles é inhumanas, conservando intacta esa pureza ingénua y candorosa, feliz patrimonio de la niñez; finalmente, en dirigir y en ordenar para una sana instruccion, el alma de esta niñez por los medios que ofrece su misma indole cuando con ojos filosóficos es considerada como una tierna flor que

el soplo envenenado del vicio puede marchitar para siempre. De este principio, de estas consideraciones, se ha deducido el método, que consiste fundamentalmente en juegos, en conferencias amenas, y en el poderoso auxilio de la música y del canto.

Hemos visto, señores, de qué manera ingeniosa se empleaban estos recursos auxiliares en las Salas de Asilo, y cómo eran capaces de proporcionar, a los niños, no sólo la enseñanza moral y religiosa, ó sea la educación del corazón, sino también la educación del entendimiento. Hemos visto, en efecto, por qué medios tan simples y amenos se conseguía inculcar en las tiernas almas de los niños menores de seis años, las máximas de la más sana moral y de la más dulce filantropía; al mismo tiempo que su talento se ejercitaba en la numeración, el alfabeto, la lectura, los principios de la escritura, y en una multitud de nociones que nunca se han enseñado en las escuelas primarias, y que no obstante son eminentemente útiles y necesarias para la vida. Cada uno de los ejercicios no dura más de quince minutos, y se alternan y acompañan con cancioncitas análogas, con movimientos gimnásticos, con marchas y evoluciones militares. La curiosidad del niño se excita para fijar su atención, y de ella y del conjunto de todas las prácticas, resultan los hábitos de la obediencia sin sujeción, de la docilidad sin esfuerzo, de la justicia, de la veracidad, de la probidad, de la decencia, del decoro, del aseo, del orden, de la exactitud, de la benevolencia mutua, y de la dignidad moral. Resultados admirables, señores, de la organización filosófica de las Salas de Asilo, que solo son creíbles cuando se han visto y sobre los cuales he procurado llamar la consideración de VV., como más útiles y beneficiosos que la enseñanza misma.

Substraer la niñez a la influencia viciosa de la familia á que pertenece es otro gran bien de la institución que nos ocupa, porque este medio es el único que puede asegurar los frutos de la enseñanza primaria que luego se da en las escuelas: porque la enseñanza sin educación, más puede calificarse un mal que un bien. ¿Y como hemos de esperar felices resultados de ella si la derramamos sobre seres mal preparados para recibirla, en los cuales el mal ejemplo fue durante los primeros años el único modelo, los malos tratamientos su educación, el vicio su atmósfera, y la miseria su elemento?—¿Qué hay que esperar de unos seres cuya degradación moral comienza con la vida?—Vagando por las calles y plazas en contacto con las clases más abyectas, maltratados injustamente en la casa materna, porque su presencia estorba é incomoda, oyendo discursos oscenos, presenciando escenas escandalosas, ¿qué impulso, qué dirección, habrán recibido sus pasiones y sus sentimientos?—Con tales preparativos, entra el niño en la escuela primaria; indócil, terco, amante de la vida vagabunda que ha conocido, acostumbrado á la dureza de los tratamientos, á obedecer solo á la fuerza, ó substraerse por medio de la astucia ó de la mentira á toda especie de sujeción, que mira como un suplicio, se le impone otra más intolerable y absurda aun, pues esclaviza su cuerpo y su entendimiento. Contra todos estos obstáculos tiene que luchar un maestro, generalmente poco conocedor de la índole de la infancia, y que por lo tanto recurre á los medios menos propios para obtener la reacción de los sentimientos morales, única que podría asegurarle el corazón del niño. Por otra parte, esta no es la atribución ni el deber de la enseñanza primaria, ni creo que como tal se hubiese expresado en ninguno de los reglamentos dados por los gobiernos más ilustrados de Europa.

¿Y nos admiraremos después, si vemos al crimen reclamar de preferencia sus víctimas, en las edades más pre-

ciosas de la vida, en la hermosa pero inexperta juventud?—Cuando la educación pública está descuidada; cuando á su dirección no ha precedido el principio filosófico que nos ocupa (que tristes ideas sujere la vista de la niñez desvalida)—Por mí sé decir, que muchas veces, al mezclarme en sus juegos inocentes, en mis paseos campestres de los alrededores de París, donde acuden con preferencia millares de familias laboriosas, he sentido contraerse mi corazón y bañarse mis ojos en lágrimas, horrorizado por la idea de si alguna de aquellas lindas cabezas, que acariciaba entre mis manos, estaría tal vez destinada á saltar sobre el cadalso!!! Mas para entonces ya tienen los gobiernos establecidos los tribunales impasibles que condenan, las cárceles y presidios que sepultan y confunden todos los grados del delito y del crimen, y los patibulos al fin que libertan á la sociedad de todos los seres cuya degradación moral no supo evitar. Si, señores, la sociedad y los gobiernos actuales, apáticos, indolentes, insensibles, solo son activos para ofrecer alicientes al vicio, premios á la desmoralización, excitantes á la sensualidad; y cuando el resultado de tantos errores amenaza, la cuchilla inexorable y brutal de una ley corta la cabeza de las víctimas.

Para precaver tamaños desastres conviene antes de fomentar la enseñanza, cimentar bien la educación; y cuando la familia, ó por su pobreza, ó por su ignorancia, ó por su inmoralidad no puede dárla, toca á la sociedad ocuparse de este deber, como de un deber social de infinita trascendencia.—Las salas de asilo lo consiguen á poca costa, y bajo este punto de vista son consideradas ya como elemento indispensable de la enseñanza que luego se da en las escuelas; como el único medio de evitar el contagio del vicio á la generación futura.

Para están llamadas también á ejercer otra influencia muy trascendental, que he indicado al comenzar este epitome, influencia social, política y filosófica á la vez; noble y sublime concepción de nuestro siglo, y probablemente la más positiva y eficaz que pudiera emplearse en la época presente. Quiero hablar de la útil reacción que debe producir la educación del niño sobre la moralidad de la familia comunicándola insensiblemente las semillas de la benéfica reforma, que es tan urgente conseguir.

Al regresar el niño de la sala de asilo, contento, satisfecho y feliz, refiere á los padres lo que ha presenciado, lo que ha sentido, y lo refiere con ingenuidad, con candor, ya por que tales son los caracteres de la edad, ya por que viene del templo donde tienen su exclusivo imperio. Estas narraciones, oídas por unos padres, ignorantes cuando menos, viciosos unos, inmorales y desordenados otros, no les producen al principio, un efecto inmediatamente saludable, pero continuando en observar cuanto el niño aprende en tan tierna edad comienza á darles una idea justa y elevada del establecimiento y de las ventajas de la educación, y después procuran moderar sus arrebatos, medir sus palabras, sofocar sus disensiones ante aquel ser inocente y puro cuya índole natural, cuyo carácter, cuyos principios ofrecen ya un contraste con todo lo que es obscuro, irregular y desordenado. Y no se crea, señores, que esta sea una esperanza vana, una ilusión simplemente teórica: no. Por fortuna es una realidad, que se va confirmando todos los días en los países que han admitido la saludable institución de las salas de asilo: y así debiera prevase y esperarse, conociendo algo el corazón humano, por más viciado y corrompido que se encuentre. No se observa en efecto, la timidez de los hombres relajados, cuando se encuentran en la sociedad elegante y culta pero inocente, de las jóvenes bien educadas? ¿No se observa el respeto y el miramiento

de los soldados y marineros, en los hospitales donde son asistidos por las respetables y virtuosas hermanas de la caridad? ¿No se admira, señores, el poderoso influjo de estas santas vírgenes, hasta sobre los infelices privados de la razón, que en los momentos de mayor frenesí, ceden como á un poder mágico y rindiéndose á la dulzura de su trato? ¿No nos causa asombro la no menos poderosa influencia del trato compasivo y cristiano, sobre los criminales sentenciados á las Penitenciarías de los Estados-Unidos?—Y por qué se había de dudar de la influencia del candor del niño, sobre padres viciosos é inmorales? ¿Como desconocer las simpatías que deben hallar en sus almas, las máximas puras y nobles que profiere la inocente boca de un tierno hijo?—Y así sucede, señores, porque no hay, no puede haber corazón de padre que resista á este aviso; y si la conciencia religiosa consigue introducir un rayo de su fé divina en la mente de esos infelices, las máximas que oigan á sus hijos deben ser recibidas como avisos ciertos del cielo, enviados por la boca de los ángeles. De ángeles, sí, que empapados en los saludables principios de la moral mas pura, al regresar de las salas de asilo, exhalan como un perfume de virtud, que purifica la atmósfera del hogar doméstico y penetra hasta el corazón de los padres.

¿Y qué diremos de la influencia de estos útiles establecimientos para preparar y facilitar la enseñanza primaria, para disminuir los socorros pecuniarios que consagran los gobiernos á la mendicidad y casas de éxpositos, y para ofrecer á las clases ricas un medio seguro de ejercer oportuna y eficazmente su caridad, excitando sentimientos de gratitud y respeto en las infelices y laboriosas? Sobre esto último quiero llamar la atención de VV. porque el promover y afianzar los lazos de union y afecto entre todas las clases, me parece una cuestion social de la mayor importancia. Las salas de asilo, dirigidas, como deben estarlo, por comisionadas de señoras ricas y virtuosas, ofrecen el mas seguro medio de conocer la verdadera indigencia y de prestarle socorros y consuelos eficaces. El corazón benéfico de la mujer no necesita mas que un leve escitante; y ¡cuál mas poderoso que la triste genealogía ascendente de un niño inocente y desgraciado, á unos padres enfermos, hambrientos, virtuosos tal vez, pero víctimas de la miseria mas cruel?—En estos casos, y en estos casos se ofrecen por millaras, la caridad cristiana se ejerce de un modo eficaz, derrama el bálsamo benéfico del consuelo y del amparo, excitando la gratitud de la generacion futura, número é influyente, pero que en lugar de ser algun día de terror y de alarma para los propietarios, serán su mas firme apoyo y la mas sólida garantía de la paz, de la union y de la independencia nacional. Adoptando estos principios, nuestros hijos no tendrán que temer del pueblo formado por las clases laboriosas, porque ese pueblo nos deberá su educacion, su moralidad, la paz de sus familias, las reglas de una prudente economía, que asegure el descanso de la vejez; recordará tambien que cuando en su niñez se hallaba abandonado y miserable, le amparamos, le acariciamos y socorrimos á sus padres; que nuestras lágrimas regaron el lecho del dolor y del infortunio, y que hemos aplicado nuestros talentos y nuestra fortuna, á mejorar la condicion de los pobres, á asegurar el bien posible á las clases laboriosas, moderando su ambicion, favoreciendo sus progresos, y consagrándonos á su felicidad. Para entonces, la mútua cooperacion de todas las clases, para el bien y la prosperidad pública, no será un problema imposible ó de temible resolucion; será el noble complemento del impulso que ahora damos á la educacion moral, religiosa é intelectual del pueblo.

MUSICA.

TONADAS NACIONALES DE DIFERENTES PUEBLOS.

Cada pueblo tiene ciertos aires ó tonadas, melodías características que le son peculiares del mismo modo que su idioma, que se ligan con sus recuerdos y resisten á los progresos é innovaciones del arte. Estas melodías tienen entre sí un aire de familia por el que se las conoce facilmente: pero nadie confundirá por ejemplo el *rana de vaches* suizo con una *polaca*, ni una *seguidilla* española con una melodía irlandesa.

En cuanto al origen de estas tonadas no es posible señalarle con exactitud. A veces son canciones militares, compuestas con motivo de las hazañas de algun guerrero célebre, y tales fueron en Francia las canciones en latin vulgar rimado, conocidas con el nombre de *Chansons de gestes*, y en tiempos mas modernos el *Vive Henri IV*. Otras veces son simples tonadas de baile, á las que se han puesto letras, y otras en fin cantos de pastores transmitidos de una á otra generacion. Los usos y costumbres de un pueblo, sus creencias, el idioma que habla, su genio, su entusiasmo guerrero, el clima mismo y la naturaleza del terreno constituyen otras tantas diversas influencias que se dejan sentir en las tonadas nacionales.

Facilmente se reconoce el oido de un pueblo sensible al ritmo, y dispuesto al baile en las *seguidillas*, el *bolero* y el *fandango* españoles. Estas tonadas muy animadas, y de caracteres diferentes, se cantan y bailan al mismo tiempo con acompañamiento de vihuela y castañuelas. Aun se canta en España la *Tirana*, especie de tonada popular, mas grave que las anteriores, y cuyo canto no va acompañado de baile. Los españoles que en lo antiguo eran, segun se dice, los mejores cantores de Europa, y en el dia no desmienten tampoco esta fama, repetian por la noche estos cantos bajo las ventanas de sus amantes, y aun improvisaban de este modo versos en su honor. En el dia los trabajadores se reúnen en muchas partes por la noche y se distraen de las tareas del dia cantando buleras acompañadas de su instrumento favorito.

En Venecia hay preciosas *barcarolas* compuestas por los gondoleros que se las transmiten de padres á hijos. Estos compositores, que deben toda su ciencia á la naturaleza, han puesto tambien en música las armoniosas estrofas de la *Jerusalén libertada*, y pasan á menudo las noches de verano en sus bareas en repetir las con tonadas llenas de melodía; de modo que cuando uno de ellos ha dejado de cantar, sale otra voz de la barca vecina y continua la estrofa siguiente.

Nápoles debe indudablemente sus canciones populares al genio músico de los pescadores napolitanos. Sus tonadas y las de los gondoleros venecianos han sido siempre muy apreciadas en Italia, en donde no hay músico que no tenga á honor el saberlas, y no procure dar á entender el mérito de ellas á los extranjeros.

Algunas veces las melodías nacionales se deben á la forma y accidentes del terreno en que han principiado: tal es en la Suiza el *rana de vaches*. Estas melodías que no jiran muchas veces sino sobre las notas esenciales del acorde perfecto, son propias de un país montañoso, en donde se dejan oír á lo lejos y de distancia en distancia prolongadas por los ecos. Ejecutadas correctamente en un salón las canciones suizas son poco agradables; pero al borde de los lagos, en medio de las rocas de los Alpes adquieren un encanto y expresion indefinibles,

cuando se cantan con el acento que les es propio: asombrado el viajero no sabe de donde salen aquellos sonidos melancólicos, que los pastores se envían recíprocamente como otros tantos ecos vagos.

Así como los pueblos del mediodía, la Inglaterra, Irlanda, Polonia, Suiza y otros pueblos del norte de Europa tienen sus tonadas nacionales: los de la Polonia, sobre toda la *Dumka*, romance lleno de melancolía, y que no deja de tener relación con los cantos suecos; la *Polonesa*, que se canta y baila al mismo tiempo con un movimiento bastante grave, y de cuyo ritmo han tomado todos los compositores de Europa; el *Krakowiak*, canto y baile muy alegre; la *Mazurka* ya tan conocida, son otras tantas melodías nacionales de diferentes formas, que los polacos aman apasionadamente. Las *Dumkas* más célebres son; la *Muerte de Gregorio*, la *despedida del Cosaco*, la *Fecina*, y las *Lilas*.

Las melodías irlandesas son también muy notables, y las hay de dos especies: unas se cantan despacio, y otras con un movimiento muy vivo. Varias de ellas han servido de tema en Francia á los caprichos nocturnos, y de los instrumentales de los compositores. Las tonadas nacionales de Inglaterra presentan menos interés; pero hay una justamente celebrada y es el *God save the king*, deprecación llena de fervor y de energía.

La invención de las baladas escocesas se atribuye probablemente á Jacobo I, rey de Escocia. Este príncipe fue célebre como poeta y como músico. Desde su reinado hasta el de Jacobo IV aparecieron en Escocia una multitud de melodías, de las que aun existen muchas. Algunas han tomado sus nombres de las aldeas, montes y arroyos de aquel país, á cuyas márgenes se han cantado tantas veces.

Los cantos nacionales franceses son muchos y muy varios, como de baile, caza, guerra; de navidad, de caballería y de otros asuntos alegres. Los hay muy antiguos y cuyo origen es desconocido enteramente, y aun hay algunos de los que no ha quedado más que el nombre: tal es la famosa *cancion de Rolando*, que toda Francia ha repetido, y de la que hacen mención diferentes historiadores. Hay canciones de Navidad con música de Certou, Arcadit, Clement, Jauequin, Ducarroy y otros compositores de las respectivas épocas. Dos tonadas, con justicia famosas, *Vive Henri IV* y *Charmante Gabrielle* son del mismo Ducarroy, maestro de capilla de Carlos IX, de Enrique III y de Enrique IV hasta 1609, época de su muerte.

Las endechas de los trovadores provenzales y los romances de los menestrales fueron de moda en toda Europa en los siglos XV y XVI. Los italianos mismos los cantaban, y coponían otras semejantes con el título de *Cansonette alla francese*. Los franceses han manifestado siempre gran predilección hacia este género de composición y aun en nuestros días muchos músicos han compuesto una multitud de romances, algunos de los cuales se han hecho populares.

Entre las tonadas nacionales modernas es sin contradicción la más notable la *Marsellesa*: es la expresión enérgica de la indignación de un pueblo, y al mismo tiempo una de las más bellas inspiraciones musicales. Este canto admirable, cuyo sentido sería inteligible aun sin el auxilio de las palabras, se debe á Rouget de l'Isle, de quien no se conoce ninguna otra composición.

Ultimamente, las diversas provincias españolas, tan variadas en clima y en costumbres, tienen cada una sus tonadas favoritas llenas de la más pura melodía y expresión verdadera de su carácter é inclinaciones respectivas; la jota aragonesa, las seguidillas manchegas, los zorricos vascongados, las rondallas de Valencia, la muñeira y

la danza prima de asturianos y gallegos, las *habiz verder* de Castilla, y sobre todo el bolero y el fandango, la cañita, la cachucha, el serení y otras ciento peculiares del suelo andaluz, vienen á ser un fiel reflejo ya de un carácter fuerte, enérgico y apasionado, ya de costumbres alegres y tranquilas; ora de la sencillez primitiva de las montañas de Cantabria, ora de la influencia voluptuosa del ardiente clima de la Bética.

VIAGES.

UNA NOCHE EN PALMA.

Hace puntualmente hoy cuatro años que anclamos en la soberbia bahía de Palma con el más hermoso sol del mundo. Una mar que no arrugaba el más leve soplo de viento y que iluminaba todavía el sol con sus rayos oblicuos; un cielo templado y medio azul, que parecía derramar sobre la tierra un polvo de diamantes que deslumbraba la vista; más de cien buques de todas formas y de todas naciones, napolitanos, genoveses, catalanes, palermitanos, griegos, ingleses y franceses, formados al sonido de la bocina blanca de una hermosa y ligera corveta que mandaba nuestro convoy; diferentes buques de guerra y de transporte; y todas estas embarcaciones inmóviles, cubiertas con sus tiendas y desplegadas sus velas; un movimiento continuo de conducción del puerto á la rada que animaba este cuadro cuyos preciosos pormenores no pudiere Cudin bosquejar sino imperfectamente, era el que allí se ofrecía á las siete de la tarde.

Acabábamos de levantarnos de la mesa en que habíamos comido alegremente, según costumbre. «Vamos á la ciudad, señores, nos dijo el capitán Llambi, honrado comandante del bergantín *Federico* de Palermo, á cuyo bordo íbamos.—«Sí, sí, capitán, á la ciudad! Es preciso verla, tenemos también que visitar al amable duque de Cardona que nos ha hecho tan agradable la hospitalidad española.—«*Nastrohoma*, dijo entonces el señor Llambi, dirigiendo la palabra á su jefe de tripulación, que aun tenía el nombre paternal que los marineros del Mediterráneo daban en otro tiempo á su superior inmediato (nuestro hombre), dadnos la chalupa.» Pronto estuvo preparada, partimos, y en veinte minutos tocamos en el muelle por entre la multitud de botes que se chocaban unos á otros en el desembarcadero.

Mi primer cuidado fue el ir á visitar á la duquesa de Cardona, á la que encontré en su gabinete rodeada de oficiales de marina y de tierra, á quienes daba de refrescar. No tardaron en presentarse señoras que aumentaron la tertulia, y la conversación tomó cierto giro de buen humor y de galantería, que al parecer gustó mucho á todas aquellas que entendían algo el francés. El cigarro, el té, el café, los licores y el piano ocuparon á todos aquellos á quienes no tenía absortos el placer de una amistad de algunos días, que tal vez debía acabar en el inmediato. No me pareció que aquella *soirée*, modelada á la francesa (porque el buen duque había estado tres veces en París) difería mucho de las nuestras para darme más en ella, y así me quedé para renunciar con algunos amigos en el paseo.

Me dirigí por de pronto á la *alameda* que estaba llena de gente. Había muchas jóvenes afectando una gravedad muy cómica, y ocultando el rostro bajo sus anchos abanicos para reírse con más libertad, dirigiéndose reci-

procamente expresiones jocosas que sentía no poderlas mir bien, ó entenderlas mal. Su hermosura y gracia eran encantadoras. La mantilla negra tirada con aparente negligencia sobre los hombros no me impidió estudiar los atractivos peculiares de aquellas bonitas y coquetas isleñas. Pero confesaré ingénuamente que no obstante lo que me complacia el examinar libremente los mas hermosos ojos, los cuellos mas bien torneados, y los cabellos mas negros y relucientes, si no mas artísticamente arreglados, que he visto en todos los dias de mi vida, echaba con todo de menos aquel modesto velo que descendiendo desde la cabeza que cubre hasta la cintura, deja adivinar mil gracias de que la imaginación se forma tan seductoras ideas. Las mujeres españolas han perdido mucho con afectar las modas francesas, y tomar el aire vivaracho de las parisienses, abandonando la mantilla andaluza. Algunas jóvenes hermosas, echando el paso con gallardía y removiendo los pliegues flotantes de la basquiña alrededor de su talle esvelto, han conservado el carácter especial de las mujeres de España, y son las que mas he admirado.

En la *alameda* se paseaban frailes y clérigos con el gran sombrero levantado de ala por los lados, y sombreando el rostro solo por delante. Estaba cerrada la puerta que separa la ciudad del puerto cuando nosotros llegamos: una quimera de unos soldados franceses con marineros extranjeros despues de haber bebido habia ocasionado algun alboroto, y el gobernador de la isla se presentó con su brillante uniforme y la placa de gran oficial de la legion de honor que mereció en otro tiempo en Cádiz á la cortesana de Napoleon. La cárcel y las amenazas terminaron la lucha y nos dejaron pasar.

Eran las nueve, y en medio de un ardiente crepúsculo, del que nuestras mas hermosas tardes de Agosto en París no pueden dar la menor idea, presentaba el muelle un espectáculo el mas admirable. ¡Qué movimiento y variedad de trages! frailes de todos colores, jóvenes y viejos, mujeres elegantes y bien ataviadas que daban el brazo á nuestros oficiales que hacia pocas horas que conocian; uniformes diversos; la multitud de marineros del conroy y marineros de los buques de guerra, notables por su vestido de lienzo, cuya blancura resaltaba mas con la faja y la corbata coloradas; paisanos robustos que parecen griegos ó de la Baja Bretaña; vendedoras de naranjas que habian llegado por la mañana; soldados franceses con uniforme azul, españoles con blanco. ¿Qué sé yo? Aquella confusión de idiomas, aquella mezcla de estados, pueblos, sexos y condiciones; aquel ruido en las embarcaciones que se disponian á marchar; la música de un regimiento que sonaba delante de la Catedral, todo me sorprendia y afectaba deliciosamente.

Al dejar el muelle eché una última mirada á todo aquel conjunto, y aunque deseoso de ver pronto la costa de Africa, me hubiera alegrado que la calma nos retuviese algunos dias en Palma, donde las tardes son tan hermosas, la vida tan descuidada, y en donde los ojos tienen tanto que ver.

La chalupa *Federico* dobló bien pronto la punta del muelle sobre el cual estaban formado anfiteatro multitud de gentes, que nos saludaron con canciones durante nuestra travesía sobre un mar iluminado aun por una luz tibia y deliciosa.

LA GRAN CARTA DE INGLATERRA.

La Gran Carta, tan célebre en los fastos de la nación inglesa, y que tantas veces se ha invocado en su historia, es un acto por el cual el rey *Juan-sin-Tierra* prometió en 1215 en su nombre y en el de sus sucesores dejar libre el ejercicio de ciertos derechos, no atentar jamás á ellos, y restringir el poder real en determinados límites.

Cuando Guillermo de Normandía, que salió de Francia en 1066, hubo acabado la conquista de Inglaterra, introdujo en ella el régimen feudal; pero al paso que en Francia no tenia el rey ninguna autoridad feudal sobre sus segundos vasallos, y que su soberanía no era en cierto modo mas que un vano título con respecto á sus grandes vasallos, tan poderosos como él, no era lo mismo mas allá del estrecho. Dando Guillermo feudos á sus generales les impuso por condicion ciertas cargas, y conservó sobre ellos y sus vasallos segundos una autoridad real.

La diferencia entre estos dos estados de cosas produjo en ambos paises resultados diferentes. En Francia se ligaron el rey y el pueblo con los señores; el rey por disminuir el poder que rivalizaba con el suyo, y el pueblo por substraerse de su autoridad. Por una combinacion enteramente opuesta los barones ingleses, que se hallaban bajo el mismo yugo que el resto de la nación, se reunieron á ella contra el poder real.

Siguieronse á la muerte de Guillermo largas guerras civiles; varios pretendientes se disputaban el cetro, sosteniendo sus derechos con las armas en la mano, y para conciliarse el favor de los barones y del pueblo hacian concesiones, pero sin acordarse de ellas cuando llegaban á asegurarse en el trono.

De esta suerte concedió Enrique en 1100 una carta de las mas amplias. Por dicho acto, cuyas disposiciones retrataban bien las costumbres de aquel tiempo, prometia que á la muerte de los obispos y abades no se apoderaria de las rentas de las sillas ni-abadías sede vacantes; que á la muerte de los condes, barones, propietarios y militares se pondría á sus herederos en posesion de sus bienes, pagando á la corona una moderada retribucion; (pero siempre tenia cuidado de no determinar la cuota) declaraba que si un baron queria casar á una hija ó denda suya habria que consultase al rey, cuyo consentimiento no se venderia ni recusaria, á menos que el esposo propuesto no fuese enemigo suyo. Permitia á los barones disponer de sus bienes muebles y raices por testamento; y prometia en fin confirmar las leyes de Eduardo el Confesor. Estas leyes no eran bien conocidas; pero el pueblo que sabia que bajo los reyes anglo-sajones no tenia que sufrir los rigores del feudalismo, ni el peso de los impuestos, ni los abusos que se habian introducido desde la conquista, no cesaba bajo los primeros reyes de la raza normanda de solicitar que se pusiera en vigor la antigua legislación; y la promesa de conservarla ó restablecerla se miró siempre como el acto mas popular y agradable á la nación.

Aunque Enrique I no observó todas las disposiciones de su carta, Estevan, su sucesor, la confirmó, y despues de él Enrique II (Plantagenet) renovó las mismas concesiones, y aun añadió otras.

Llegó en fin el reinado del rey Juan, llamado *Juan-sin-Tierra*, y es sabido cuan débil y tiránico fue su gobierno. Los barones sostenidos por el pueblo se ligaron abiertamente contra él, y reclamaron altamente la confirmacion de las cartas de Enrique I y II. El monarca,

después de haber eludido y aun resistido abiertamente, se vió obligado por la fuerza á adaptar las proposiciones de los barones, y conceder la famosa *Gran Carta*, fundamento de la constitucion inglesa, y de otras constituciones europeas.

Parece que los barones habian presentado el proyecto al rey bajo la forma de artículos preliminares de paz en una entrevista celebrada en la gran llanura de Runymead, en la orilla izquierda del Tamesis, cerca de la ciudad de Egham, en el condado de Swrrey, y que el rey puso su sello en señal de beneplácito. Este curioso documento histórico se ve aun en el Museo de Londres. El sello real se halla perfectamente conservado. La *Gran Carta* tiene la fecha de 15 de junio de 1215; pero debe creerse segun varias autoridades que no se firmó sino el 19 de junio, cerca de Runymead, en una islilla del Tamesis que desde entonces se llama la isla de la *Gran Carta*.

Las disposiciones contenidas en la *Gran Carta* pueden dividirse en dos clases: las unas favorables á la nobleza, en cuanto disminuyen el poder feudal del rey; las otras favorables al resto de la nacion haciendo extensivos á los vasallos de los barones los privilegios concedidos á estos contra el rey. Las modificaciones hechas en el régimen feudal eran casi las que hemos visto en la carta de Enrique I; pero se reconocieron solemnemente otros derechos mas preciosos. Se conservaron las antiguas franquicias de las ciudades y pueblos, se concedió á los comerciantes libertad de viajar para sus negocios en todo el reino y países extranjeros: se estableció que el tribunal del rey no podria vender, rebasar, ni diferir la justicia; y lo que es mas notable se garantieron la libertad y propiedad civil, y se declaró necesario el consentimiento del comun consejo del reino para levantar subsidios. Este consejo comun era una asamblea compuesta de arzobispos, obispos, abades, barones, de algunos propietarios inmediatos y militares de la corona, inferiores en poder y propiedad, en fin de diputados enviados por las ciudades, villas, pueblitos, aldeas y puertos. Tales son las principales disposiciones de la *Gran Carta*.

Las circunstancias se la habian arrancado al rey Juan, y en la primera ocasion quiso revocarla; pero los barones defendieron sus derechos con el mismo ardor que habian empleado para conquistarlos, y la *Gran Carta* se mantuvo en medio de las turbulencias de que fue teatro la Inglaterra.

Enrique III, que sucedió á su padre Juan, la confirmó con gran solemnidad; mas en adelante la violó; pero tuvo de que arrepentirse, pues le costó el trono. Cuando algunos años después volvió á subir á él, fue mas cauto y la observó estrictamente.

Habiendo desconocido su sucesor Eduardo I muchas de las condiciones de la *Gran Carta*, el pueblo manifestó su descontento. La nacion se quejó, y el monarca tuvo que confirmar nuevamente la concesion del rey Juan. Eduardo ordenó que la *Gran Carta* se enviase á todos los magistrados del reino para que la publicaran solemnemente: que se conservase y leyese dos veces al año en cada catedral con pena de excomunion contra cualquiera que la quebrantase, y en fin que toda sentencia contraria á ella se considerara nula y de ningun valor.

Confirmada muchas veces después la *Gran Carta*, no ha dejado de ser venerada entre los ingleses, y ha llegado hasta nuestros dias como base de su derecho político y civil.

CANCION

DE LA SED DE AGUA.

De la fuente Inés volvía,
y el peso la fatigaba
del cántaro que llevaba,
pues quince años no tenía.

Contra su seno agitado,
su blanco y desnudo brazo,
ceñía con dulce lazo
aquel cántaro envidiado.

Descargóle, y tomó aliento
sobre una florida alfombra
bajo la sonora sombra
de un árbol que mece el viento;

Cuando acertára á pasar
por aquel sitio Lisardo,
el mancebo mas gallardo
de todos los del lugar.

El llevaba sed, y al ver
el cántaro le dió mas,
y díjola: «¿Inés, me das
de ese cántaro á beber?»

Ella los ojos alzó,
y mirando su semblante
halagüeño y suplicante
respondióle: «¿por qué no?»

Y con su mano graciosa,
la punta del delantal
pasaba por el brocal
del cántaro, vergonzosa.

«Escusado es tanto esmero
en limpiar el borde, Inés,
(dijo el zagal) sino es
que otro ha bebido primero.»

Ella dijo: «en el vasar
siempre por mi madre ha estado
este cántaro guardado,
sin dejármelo estrenar.»

Bien lo conoció el mancebo
cuando principió á beber,
que es fácil de conocer
agua de cántaro nuevo.

Y como mientras bebía
á la zagala miraba,
su boca se refrescaba,
pero su pecho se ardia.

«No bebas tanto, zagal,
decía Inés retirando
el cántaro y suplicando,
hacerte pudiera mal.»

Lisardo por el contrario
se empeña en beber sin tasa,
y el cántaro por el asa
arrebata temerario.

Pero lo que sucedió
con semejante violencia,
fue que en la fatal pendencia
el cántaro se rompió.

El grito mas doloroso
por la cuitada lanzado,
á los ecos fue llevado
por el viento vagaroso.

Y de calor y sentido
privada al suelo viniera,
si el mancebo no la hubiera
en sus brazos recibido.

«¡Ay triste de mí!» exclamaba
cuando en su acuerdo volviendo
los bellos ojos abriendo
en llanto los inundaba;

«Mi madre bien me decía
que el cántaro no expusiera,
mas yo que tan frágil era
el cántaro no creía.»

«¿Quién había de negar
una sed de agua, ni quien
pensara que el hacer bien
tan caro suele costar?»

«No lo hice á mal hacer,

dijo el mozo á Inés, perdona,
si las quiebras mi persona
te pueden satisfacer.

«Dame la mano, y de aquí
los dos á tu casa iremos,
y á tu madre la diremos
como el cántaro rompi.

«Que yo de barro tan tierno
no le juzgué ciertamente,
mas pues fue un día á la fuente
no había de ser eterno.»

José Somera.



Palacio de las Cortes.